

VIII

Enero del año 2020 comenzó normal y —si lo pienso bien no sé porque— venía acompañado de un halo de optimismo. Cambio de década y número redondo. Pero se torció pronto.

En los primeros días del año viaje a Turín a la segunda parte del homenaje, que había iniciado en México, a Michelangelo Bovero. Coincidí con un grupo de amistades de Italia, España, Brasil y México. La primera reunión de los festejos a nuestro maestro había tenido lugar en mayo de 2018, en el Instituto de Investigaciones Jurídicas, y fue organizada por Guadalupe Salmorán. Existe un libro que recoge los estudios presentados. Para mí era un evento especial porque Bovero había sido uno de los maestros y tutores que me formaron. Carlos de la Isla, Víctor Blanco y Rodolfo Vázquez junto con él incidieron de una manera determinante en mi identidad académica.

Destaco de aquel volumen del homenaje, el ensayo de “il fratellino” de Bovero, Remo Bodei, quien moriría poco más de un año después de aquel seminario, el 19 de noviembre de 2019. Lo menciono como homenaje a Remo, porque aquel texto —escrito por un hombre de cierta edad— estaba centrado en reflexiones sobre tecnología, innovación e inteligencia artificial. Imposible saber entonces y tampoco en el segundo encuentro boveriano, que dos meses después que estallaría la pandemia de la COVID-19 que nos confinaría en casa y, a quienes teníamos los medios para lograrlo, nos arrojaría a los techados y pantallas de computadoras, teléfonos y tabletas.

Así que regresé de Turín a Ciudad de México ignaro y tranquilo.

* * *

Días después — del 29 al 31 de enero — viajé con Juan Vega y José María Serna a la Universidad de Arizona en Tucson para encuentros varios y para planear actividades conjuntas. En particular teníamos en mente el diplomado de derecho constitucional mexicano en español que sería todo un éxito.

El viaje fue grato y productivo. Las personas amigas de Arizona nos atendieron con diligencia, inteligencia y profesionalismo. José María abrió el diplomado con una cátedra ejemplar sobre federalismo mexicano. También regresamos contentos, satisfechos y tranquilos.

Mi vida personal, de paso, había encontrado su cauce desde hacía meses y el presente tenía un peso específico como nunca había recordado vivirlo. Pesaba grávido en su feliz circunstancia.

* * *

Los primeros días de febrero del 2020 subimos a otro avión para ir a Tijuana a verificar los trabajos de la ENID.

Viajamos solamente Mariana Trujillo y yo para visitar la propiedad y realizar algunas gestiones ante el municipio. Fue un viaje lampo — de aquellos de ida y vuelta — muy decepcionante. La obra seguía detenida. Así que en realidad nos habíamos desplazado para atestiguar que seguíamos teniendo un terreno baldío.

La puntilla para nuestro ánimo fue constar que en las instalaciones habitaba una persona en situación de calle. Los vecinos se quejaban de que había incendios frecuentes, basura y ruido constante. Recorrimos el terreno con desánimo y el ocupante nos abordó. Fueron unos segundos electrizantes. Me extendió la mano y se la estreché. Luego nos dijo: "...yo solo necesito algunos metros, así que si me dejan esa esquina — y apunto con su cabeza hacia la entrada —, me quedo tranquilo. Con eso me conformo. En el resto del terreno pueden construir sin problemas..."

No recuerdo que le contesté, pero sí que salimos desconcertados y al mismo tiempo, aunque parezca extraño, divertidos. El señor nos acompañó con la mirada y luego nos escoltó en silen-

cio hasta que llegó el Uber que nos llevó de regreso al aeropuerto. Sería la última vez que visitaríamos las instalaciones hasta el año 2021 porque la pandemia nos encerró en nuestras casas y la idea de viajar se tornó imposible. Apenas ahora sopeso el impacto que tuvo esta coyuntura excepcional en los avances de una obra que había sido boicoteada durante años y tendría que detenerse de nuevo.

No cabe duda que la ENID es un proyecto épico.

* * *

Creo que nunca estamos preparados para las sorpresas infaustas, y sin embargo, sabemos que suceden de improviso y que debemos procesarlas. Así fue la muerte de Horacio Heredia Vázquez.

Cuando recordaba el triste evento solo retenía con certeza en la memoria que sucedió un viernes. Había salido del Instituto antes de la comida y no planeaba regresar porque tenía un compromiso en el norte de la ciudad y, desde ahí, saldría de fin de semana. Pero no recordaba el día exacto. Reviso mi agenda y constato que fue el 14 de febrero del 2020.

Estaba todavía en casa y recibí una llamada de parte de Vicky, mi secretaria quién con lealtad, cercanía y compromiso custodió la puerta de mi oficina durante ocho años. Desde el tono de su voz —que suele ser templado y firme— supe que algo malo estaba sucediendo. “Doctor —me dijo— algo le pasó al doctor Horacio Heredia y está tirado en la entrada”. A penas reaccioné cuando ya estaba recibiendo mensajes de otras personas que hablaban de un infarto y de su posible fallecimiento. Me apresté a salir rumbo al Instituto.

A mi llegada me esperaban dos personas de seguridad de la UNAM quienes me informaron que una persona de sexo masculino lamentablemente había muerto en la planta baja del edificio. Al verme salieron impávidas personas colegas y amigas de Horacio que no daban crédito de lo que acababa de suceder. Laura Velázquez había comido con él en el Patio Sepúlveda y ahora me tenía que contar que, después de ejercitarse en el

jardín trasero del edificio —había practicado box con el entrenador que impartía clases dos veces por semana a las personas interesadas—, había entrado a un espacio cerrado y al parecer se había desplomado. Fue a las 16:40 horas, aproximadamente.

Lo encontraría minutos después un colega técnico académico. El jefe de Servicios, José Galindo, había acudido de inmediato para practicarle primeros auxilios —para lo cual se había capacitado al personal de Secretaría Administrativa— pero no hubo nada que se pudiera hacer. La experiencia, en la que se comportó con profesionalismo y valentía, pesaría en su ánimo durante mucho tiempo. Horacio murió en las instalaciones que disfrutaba y en las que tanto tiempo pasaba. Solía quedarse a comer en los patios y siempre tenía una sonrisa y un saludo afectuoso para quien se cruzara en su camino. Era una persona y un colega excepcional.

Entendí que debía llamar a su familia y le pedí a Issa Luna que me acompañara para recibir a su esposa. Juntos la acompañamos a mi oficina y tuve que darle la noticia. Recuerdo que me escuchó incrédula y que me dijo que eso no podía ser verdad y que, si lo era, le acabábamos de destrozar la vida. Yo la miré compasivo y mortificado e Issa, sensible y oportuna, le tendió las manos y le ofreció acompañarla al lugar en el que yacía el cuerpo de quien había sido su esposo y nuestro amigo. Salimos detrás de ella y encontramos que se había reunido un grupo de personas en torno al lugar que los equipos de seguridad ya estaban acordonando. La dejaron entrar y le permitieron estar a solas, respetuosos y solidarios. Me dispuse a confortar a sus amistades y familiares que iban llegando y pedí que desviarán a otra entrada a las personas que acudían a las instalaciones para participar en seminarios y eventos. Fueron minutos de tensión, tristeza y desconcierto.

Cuando, el médico legista y el ministerio público levantaron las actas correspondientes pedí que se habilitara la sala de encuentro para la familia y me retiré discreto. Al día siguiente tendría oportunidad de reiterar mis condolencias en la funeraria en la que se llevaron a cabo los servicios. Nunca pensé que nos tocaría vivir un momento como ese y mucho menos imaginé que a Horacio le tocaría morir en el Instituto al que —según me había

dicho años atrás— siempre aspiró a ingresar. “Jurídicas era su vida —nos comentó su esposa en el velorio—; siempre se levantaba temprano y contento para ir a trabajar”.

En el video de seguridad de aquel viernes se observa a Horacio caminar tranquilo desde el patio trasero hacia los servicios, entrar y salir con calma en pocos minutos. Después, al cabo de unos diez pasos, se sentó en la banca ubicada a mitad del pasillo y colocó sus manos en las rodillas. Pocos segundos después se puso de pie y entró a una sala. Cerró la puerta tras de sí y no salió más.

Cuando lo encontraron era demasiado tarde. Descanse en paz.

* * *

A finales de febrero, por motivos y con recursos personales, viajé a Nueva York. Estuve ahí desde el viernes 28 de febrero hasta el domingo 1 de marzo. Fue un viaje breve y emotivo decorado por vivencias y simbolismos. Así que regresé a México con ánimos y planes renovados. ¿Cómo imaginar lo que nos aguardaba a la vuelta de la esquina?

Ese año empezó viajero, pero continuaría sedentario.

* * *

Antes del confinamiento todavía conservo el registro de eventos dignos de quedar plasmados en estas páginas.

El primero fue una emotiva, triste y fraterna cena el 2 de marzo con Héctor Fix-Fierro y Sergio López Ayllón en la Condesa. No recuerdo el nombre del restaurante, pero sí que Héctor, comió spaghetti —“después de mucho tiempo”, nos dijo— y, a la mitad de la velada, se despidió de nosotros porque sabía que estaba próximo a su muerte. La tristeza nos embargó de inmediato, pero con ingenuidad y negación, pensamos que había tiempo y espacio para seguirnos encontrando. No sería así.

En segundo lugar, recupero un nuevo viaje interesante y significativo a la ENES León, con Laura Acosta, el 12 de marzo. En esa ocasión viajé con un grupo reducido de colegas para

imaginar agendas de trabajo conjuntas. Llegué al edificio y de inmediato Laura y yo tuvimos que atender desde su oficina una reunión convocada súbitamente por el rector con el cuerpo directivo para hablar de un tema insurgente e insospechado: el coronavirus que avanzaba por el globo terráqueo. Fue mi primer zoom en la pandemia.

Laura Acosta me dijo en broma al despedirnos —después de que le narré todos los viajes que había realizado en esos meses— “a ver sino este no es tu último viaje de este año”. Siempre que la veo se lo recuerdo.

La otra Laura que no pudo llegar a México para impartir un curso sobre masculinidades fue Saldivia. La había invitado Guadalupe Salmorán para estar en el IIJ-UNAM del 16 al 20 de marzo, pero de manera sensata canceló el viaje. Pienso que, de haber venido, se habría quedado a vivir largos meses entre nosotros por no poder regresar a Buenos Aires. A mí me hubiera dado mucho gusto, sin embargo, al igual que la pandemia, eso no estaba en sus planes.

* * *

El 18 de marzo, desde Nueva York, Regina me escribió: “acá están cerrando todo; temo que tendrás que cerrar el Instituto”. Ambos sabíamos que era lo último que quería, pero ella intuía, con razón, que sería inevitable.

Llegó a México, fuimos a comer en familia y al salir del restaurante le informaron que Omar, un cercano y queridísimo colaborador suyo, acababa de fallecer. Hoy pienso que fue de COVID-19. Nunca lo sabremos. La ceremonia organizada por su muerte fue el último evento al que asistimos durante muchos largos meses.

Llegó el confinamiento.

* * *

A mi pesar, cerramos las instalaciones del Instituto de Investigaciones Jurídicas, el 20 de marzo de 2020.

El equipo directivo me apoyó en todo momento. No había condiciones para mantenerlo abierto. Así que salí al vestíbulo principal, reuní a las personas presentes y les di un improvisado y accidentado mensaje de cierre y despedida.

También solicité que se enviara un mensaje para informar la decisión y anticipar que seguiríamos trabajando a la distancia. En ese momento no tenía claro cómo lograríamos hacerlo, pero sabía que no podíamos enviar un mensaje dubitativo al respecto. Todos pensamos que el regreso sería pronto, aun así, sugerí que nos lleváramos a casa la información necesaria para seguir trabajando.

También subí a las oficinas que habíamos facilitado en préstamo a las personas auditoras para informarles la decisión y garantizarles el resguardo de la información con la que estaban trabajando. La secretaria administrativa, con la diligencia de la que solo ella es capaz, a las pocas horas contaba con sellos impresos con el logotipo del Instituto y la leyenda “Resguardo de instalaciones COVID-19”, para colocarlos en las puertas de las diferentes oficinas y espacios institucionales. También contrató a una empresa que realizó una sanitización de todas las instalaciones antes del cierre. En paralelo di instrucciones para que los departamentos de Tecnologías y de PAD exploraran las formas posibles de contactar y conservar comunicación entre todas las personas del Instituto de la manera más expedita y estrecha posibles.

* * *

Diez días más tarde, el 30 de marzo, convocamos al primer claustro virtual en la historia institucional a través de la plataforma zoom.

Hoy las reuniones virtuales nos parecen algo de trámite, pero en aquel momento fue un paso alentador y, al mismo tiempo, desconcertante. Habíamos mudado de nuestras salas de encuentro a una pantalla que nos reunía y nos mantenía a la distancia. Se conectaron más de ochenta colegas. Le mandé un mensaje de *WhatsApp* al rector y celebró el dato.

Entramos a otra época, pero todavía —al menos yo— sin saberlo.

* * *

Nuestra agenda académica se mudó a zoom, en pocos días con todas las implicaciones de ese transitar improvisado.

Alejandra Caballero y Nabila Delgado operaron el tránsito con creatividad y talento.

Más eventos, más personas, más público, más cansancio, menos interacción, menos atención, mayor impacto. Seminarios, cursos, presentaciones, clases, publicaciones, etcétera, todo se tornó virtual en un abrir y cerrar de ojos. Por eso la mayor parte de los apuntes de ese año no están en mis libretas. Quedaron plasmados en discursos, informes y mensajes que transmití en diversas oportunidades y que ahora reproduzco salpicados de algunas sensaciones y vivencias.

Por ejemplo, el 7 de mayo fue la fiesta virtual del 80 aniversario del Instituto. Se habían diseñado y contratado unas letras y números enormes para colocarlos afuera de las instalaciones (#80IIJANIVERSARIO).²⁶ Se quedaron esperándonos. Algún día de pandemia, caminando por la zona cultural, me acerqué a las instalaciones del Instituto para fotografiarme con el letrero. Fue triste pero comprensible que estuvieran cubiertas con una pesada lona que no podía ni intenté remover. El tiempo pasaba y nuestro aniversario sucedía mientras estábamos confinados.

A las 18:00 horas el día del aniversario organizamos un encuentro virtual. Estas fueron mis palabras en dicho acto:

Queridas y queridos integrantes de la comunidad del
Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM

Queridas y queridos invitados a esta celebración

Muy buenas tardes,

²⁶ Después se ajustarían para quedar de la siguiente manera #IIJUNAM. Siguen ahí para dar la bienvenida a propios y extraños.

Hace ochenta años, en 1940, nació el Instituto de Derecho Comparado, que en 1967 sería rebautizado como Instituto de Investigaciones Jurídicas. Desde entonces lo ha caracterizado su vocación universalista —en sus cimientos está la generosidad del asilo y la riqueza humana e intelectual del exilio—; su rigor académico; su compromiso con la causa de los derechos, la democracia y el Estado constitucional; su orgullo universitario —el Instituto se debe a la UNAM y le corresponde prestigiándola— y, sobre todo, la camaradería de quienes lo integramos.

En estas ocho décadas el mundo, el país y la Universidad han cambiado mucho. Las transformaciones han orientado la agenda de investigación de nuestro Instituto (que siempre ha estado a la vanguardia del conocimiento en nuestras disciplinas) y han influido en el perfil de nuestro claustro (que cada vez es más diverso, interdisciplinario y paritario).

Pero “Jurídicas” —como muchos lo refieren coloquialmente— también ha incidido de manera sensible en la toma de decisiones o en la creación de instituciones que han sido motor y, al mismo tiempo, efecto de esos cambios. Desde siempre, hemos sabido que el derecho no es sólo un instrumento para conservar el *statu quo* —del poder y el privilegio, sino también puede ser una poderosa palanca para transformarlo.

En el plano internacional, desde su fundación, el Instituto estableció y sigue manteniendo alianzas para impulsar las transiciones democráticas y para apuntalar a los organismos internacionales de garantía de los derechos humanos. Con su pensamiento crítico y universal nuestra comunidad tiene presencia y reconocimiento en todo el mundo. Agradezco a nuestras amigas y amigos de otros países que han escrito el día de hoy para felicitarnos.

En paralelo, a nivel nacional, el Instituto siempre ha estado involucrado y ha contribuido a impulsar las reformas que hicieron posible nuestra propia transición y ha aportado conocimiento para entender la causa de problemas nacionales y encontrar la manera de solucionarlos. No es exagerado decir que nuestra comunidad histórica ha sido y sigue siendo un protagonista importante de la historia del México contemporáneo. Debemos enorgullecernos y, al mismo tiempo, calibrar la obligación que ello conlleva.

Al interior de la Universidad sucede algo similar: nuestro Instituto es reconocido por su compromiso, vocación colaborativa y liderazgo. Aprecio mucho la compañía de colegas directoras y directores que nos acompañan y hago extensiva a la comunidad la felicitación y el aplauso que nos brindó el pleno del CTH hoy por la mañana.

Por todo lo anterior, debemos celebrar y celebrarnos. Debemos mirar hacia atrás para mantener vigentes las mejores causas de nuestra identidad intelectual compartida. También debemos observar y valorar nuestro presente para reconocernos en la diversidad, la creatividad y la inteligencia que nos distinguen, pero, sobre todo, debemos imaginar — para hacer realidad — un porvenir en el que valores y principios como la inclusión, la tolerancia, la fraternidad, la justicia, la libertad y la solidaridad sean los atributos distintivos.

A la generación actual del Instituto — a nosotros, contemporáneos — nos toca abreviar de nuestros primeros ochenta años para tender un puente hacia las décadas venideras. De lo que se trata es de mantener vivo ese instante perpetuo de continuidad transformadora que encapsula nuestra identidad compartida.

Esta no es la fiesta que habíamos imaginado, pero paradójicamente, es la mejor fiesta que podemos tener. Es nuestra fiesta en tiempos de pandemia y tecnología. Es la

fiesta que permite la realidad y debemos sentirnos afortunadas y afortunados de poder celebrarla. Porque no hay una realidad paralela ni alternativa.

Lo que sí puede haber —y debe emerger de la situación que vivimos— es una sociedad mejor. Hoy celebremos que podemos ser —y debemos serlo— hacedoras y hacedores de un mundo distinto. Tengo para mí que esa es la verdadera razón que hoy nos convoca y nos reúne. La conciencia de nuestra responsabilidad histórica y el compromiso común para asumirla sin titubeos ni dilaciones.

Se ha vuelto un lugar común decir que vivimos tiempos excepcionales, pero es cierto. Son tiempos aciagos de inseguridad y desconcierto. Ante esa realidad podemos caer en el error de abrazar un optimismo ingenuo e indolente y pensar que de la crisis —sin más— se abrirán las oportunidades. Hacerlo sería un error porque la historia enseña que la pasividad derrota. En sentido contrario, también podríamos equivocarnos y abrazar un pesimismo catastrofista. Si lo hacemos, ya estamos derrotados.

Considero que la mejor actitud para encarar el presente es adoptar —como nos enseñó Norberto Bobbio— un realismo insatisfecho. Es menester reconocer con objetividad la gravedad del momento, pero no debemos resignarnos a un devenir desastroso. Es cierto que las cosas están mal, pero también es verdad que de nosotros puede depender que estén mejor. Si como advertían en otro contexto también de crisis Cebrián y González, ‘el futuro ya no es lo que era’, tenemos la oportunidad y el deber de inventarlo. En tiempos difíciles toca plantar cara a la realidad hasta transformarla.

Si mantenemos vivo nuestro espíritu crítico, nuestra capacidad de indignación ante el oprobio y nuestro compromiso honesto con las mejores gestas de un humanismo

solidario, estoy seguro de que el Instituto de Investigaciones Jurídicas seguirá encontrando el faro que nos oriente hacia un mundo mejor.

Felicidades y que siga la fiesta de aniversario con el concierto que generosamente nos ofrecerá el contratenor Iván López Reynoso, a quien agradezco a nombre de toda la comunidad del Instituto. Disfrutémoslo.

* * *

Escuchamos el concierto con un dejo de sorpresa, emoción y nostalgia. La música coloreó el ambiente, pero gravitaba la pesadumbre de ese encierro implacable. Tomé diversas fotos y capturas de pantalla de aquel festejo sin precedentes. Personas colegas sonrientes y emperifolladas que se deseaban parabienes desde sus hogares.

Al final realizamos un brindis virtual. Cada quien desde su casa se sirvió y brindó con sus colegas. Bromé diciendo que era el festejo más barato que jamás hubiera organizado el Instituto. Algunas personas se quedaron chacoteando virtualmente varios minutos después de que el concierto concluyera. Quería reír, contar anécdotas y —según me dijeron— hasta bailar. Yo me retiré —mejor dicho, me desconecté— pronto y prudente.

Salí a caminar con mi perro que estaba desesperado porque, para poder asistir con calma al encuentro virtual, lo había encerrado en la terraza. Caí en cuenta de que en esos meses de pandemia mi querido animal se había apropiado de su casa y de alguna manera también de su dueño. Mis salidas a la calle pendían de su correa y de sus necesidades.

* * *

Todos los lunes convoqué a reuniones virtuales del equipo directivo.

Mi intención era monitorear a través de las personas titulares de las secretarías y jefaturas a todo el personal, mantener

la comunicación constante y evitar que los ánimos decayeran. Creo que la mayor parte del tiempo se logró.

Sin embargo, Mariana Trujillo, me previno de que el personal de su oficina tenía que regresar a las actividades presenciales sino queríamos que el Instituto se paralizara. Sus argumentos fueron contundentes. Todos los trámites en la universidad se habían ralentizado y en algunos casos paralizado. No era posible realizar pagos, gestionar promociones, abrir concursos, atender proveedores, etcétera. Así que si nosotros no comenzábamos a activar procesos terminaríamos atrapados en una suerte de congeladora administrativa.

Además, algunas gestiones, como el pago de nómina, tenían que llevarse a cabo necesariamente de manera presencial en las instalaciones. Ello por no mencionar las acciones de mantenimiento y vigilancia. Así que desde junio comenzaron a regresar cada vez con mayor asiduidad. El equipo administrativo mostró una actitud ejemplar. Supieron estar, resolver y lograr.

Ante la ausencia de todas las demás personas, establecieron dinámicas de gestión e interacción propias. El Instituto seguía con su agenda académica virtual, pero el personal de la Secretaría Administrativa operó de manera presencial, gestionaron y, de hecho, transformaron a las instalaciones institucionales.

José Galindo, Ana Isabel Schneider, Raquel Domínguez, Fernando Heredia, con su jefa y sus equipos de trabajo, brindaron un ejemplo que amerita dejar sus nombres plasmados en este texto.

* * *

Gracias a ese equipo y al de la Secretaría Académica, en particular a Issa Luna y Fernanda Amaro, fuimos la primera entidad de la Universidad en emitir convocatorias de concursos de oposición abiertos en formato virtual. Para lograrlo fue necesario remontar con argumentos e interpretaciones las resistencias de quienes sostenían que las solicitudes, notificaciones, impugnaciones, actas, etcétera, requerían ser firmadas de manera indefectiblemente autógrafa.

No dejaba de sorprendernos las resistencias al salto tecnológico en pleno siglo XXI y en medio de una pandemia. Así lo argumentamos y al final la cordura prevaleció. Una vez superada la catástrofe sanitaria, el regreso hacia el papel y la tinta recobraría fuerza y revancha.

* * *

Decidimos solicitar autorización para reorientar las partidas presupuestales que debido a la pandemia no podían ejercerse —por ejemplo, viáticos o gasolina— para acondicionar las instalaciones a las necesidades que la presencia del virus dejaría tras de sí.

De nuevo, la Secretaría Administrativa, quedaría a cargo del emprendimiento que se tradujo en una mejora sustantiva a los espacios al aire abierto. Terrazas, patios y jardines fueron creados o acondicionados para realizar reuniones de trabajo, eventos y encuentros. Además, se culminaron los trabajos de modernización del área de la Secretaría Técnica.

En una de mis primeras salidas durante la pandemia visité las instalaciones sin prevenir al personal de la Secretaría Administrativa. Sorprendí al equipo administrativo en ropa deportiva porque habían decidido retomar sus clases de box para ejercitarse y soltar el estrés de esos días de locos. Me dio gusto verles y me sorprendió lo que vi. No me refiero a su vestimenta sino al edificio.

Las instalaciones de los patios —Del Ángel y Sepúlveda— estaban desmontadas completamente. Se me explicó que teníamos problemas de drenaje acumulados por décadas y se me aseguró que todo estaría listo en cuestión de semanas. Como siempre cumplieron su palabra. Quienes visitan al Instituto quedan impactados por la funcionalidad y estética de nuestros espacios. Nuestras instalaciones son un modelo de lo que puede hacerse con los recursos públicos bien administrados y bien invertidos.

No todas las transformaciones edilicias sucedieron durante la pandemia, pero sí muchas de ellas.

* * *

Aunque no fue fácil la gestión a la distancia durante la pandemia, la productividad institucional no se detuvo. Por el contrario, aumentó de manera considerable. Ahí están los datos en los informes de gestión 2020 y 2021 para quien tenga curiosidad de consultarlos.

En lo personal también logré que el encierro fuera productivo. Además de la gestión, logré escribir artículos individuales y colectivos. Destaco la serie de textos periodísticos con impacto relevante que escribí en coautoría con Sergio López Ayllón, Issa Luna Plá, Javier Martín Reyes y Tito Garza Onofre. Cada uno de esos textos tuvo eco en la opinión pública e incluso influyó en la toma de decisiones de órganos representativos o de gobierno del Estado mexicano. También publiqué un librito sobre la relación entre el Poder y el Derecho a propósito del absurdo caso de una consulta promovida por el presidente de México para “juzgar a los expresidentes”.

Todas las mañanas salí a caminar durante hora y media para mantenerme en forma y despejar la mente. Con mi perro al lado y mis audífonos en los oídos realicé un sinnúmero de llamadas telefónicas a cientos de personas, recorriendo el barrio de Tlacopac de la Ciudad de México. Ya fuera para saludar, para acordar o simplemente para hacerme presente durante esos meses. Recuerdo las calles vacías, el trino de los pájaros y la sensación de que el tiempo era eterno durante esas mañanas de pandemia. Por las tardes, cuando estábamos juntos, repetíamos la caminata, pero al lado de Regina.

El resto del día lo pasaba sentado delante a la pantalla porque nada se detuvo: consejos internos, agendas de deliberación, cursos, seminarios, congresos, clases, etcétera.

* * *

El 20 de abril rompí el confinamiento por unas horas. Atravesé una ciudad sin tráfico para despedirme, junto con Sergio López Ayllón, de nuestro amigo ejemplar, Héctor

Fix-Fierro. Nos recibió Jacqueline Martínez y nos acompañó a su recámara.

Héctor estaba muy delgado y cansado, pero, como solía ser él, afectuoso y animoso. Los cuatro sabíamos que el final estaba cerca así que abordamos el tema con franqueza y tristeza. No lo volvería a ver. Solo logré enviarle unos ejemplares recién salidos de la imprenta de su último y —a mi entender— mejor libro: *El Poder Judicial y la modernización jurídica en el México contemporáneo* (IIJ-UNAM, 2020). Me lo agradeció con un mensaje telefónico conmovedor.

Héctor murió el 28 de mayo del año 2020. El Consejo Interno bautizó a la Estación Noreste de Investigación y Docencia con su nombre y yo me dispuse a organizar un homenaje virtual en su memoria el lunes siguiente de su muerte. El encuentro tuvo lugar el 1 de junio a las 17:00 horas. Reproduzco mi breve mensaje y la crónica del evento que se publicó en la Gaceta UNAM esa misma semana:

Buenas tardes a todas y a todos. Espero que estén bien.

Nos reunimos el día de hoy para recordar y honrar la memoria de nuestro amigo, colega y queridísimo exdirector, Héctor Fix-Fierro. Este será un breve homenaje virtual, al mismo tiempo es un profundo y cercano reconocimiento a un hombre admirable y ejemplar.

Héctor nos enseñó que el talento y la inteligencia no están reñidos con la sencillez y la humildad. En su persona convivían la bondad con el rigor, la generosidad con la exigencia y el compromiso con la honradez. Era un hombre probo y feliz.

Esa amalgama de cualidades es la causa del afecto y admiración que todas y todos nosotros le profesamos y la razón del dolor que nos causa su irreparable pérdida.

El viernes pasado abrimos un “muro virtual” para que sus amigos expresaran sus pensamientos y sentimientos

hacia Héctor y el día de hoy tiene más de 115 mensajes que dan cuenta de la profunda huella que ha dejado en la vida de muchas personas.

Invito, a quienes no lo hayan hecho, a entrar para leer — y si quieren escribir — las ideas y emociones que la muerte del amigo ha suscitado entre quienes tuvimos oportunidad de conocerlo. Lo vamos a extrañar todos los días.

Hoy por la mañana sesionó el Consejo Interno de nuestro Instituto para bautizar a la Estación Noroeste de Investigación y Docencia en Tijuana con el nombre de “Héctor F. Fix-Fierro”. La propuesta —que me fue sugerida por nuestro querido Diego Valadés— suscitó entusiasmo entre quienes la conocieron y fue aprobada de manera unánime y entusiasta por las y los integrantes del Consejo.

Agradezco a todas las personas que participaron en esta ceremonia y en particular al rector Enrique Graue y al presidente de la SCJN, Arturo Zaldívar por abrir un espacio en sus agendas y acompañarnos el día de hoy.

Finalmente, antes de iniciar con las intervenciones programadas, quiero expresar nuestro duelo y cariño a la familia de Héctor. Al maestro Fix-Zamudio —que sé que nos está escuchando— a las hermanas de Héctor —Imelda y María Cristina—, a su amada Jacqueline y a sus ejemplares y adorados hijos, Valentina, Markel y Verena.

Señor rector, le dejo la palabra para que nos exprese su mensaje. Muchas gracias.

* * *

Hasta aquí mi mensaje que fue deliberadamente breve, entre otras razones, porque estaba profundamente emocionado y no quería que la voz quebrada me jugara una mala

pasada. Despedía a mi amigo, pero no dejaba ser el director del Instituto y mi responsabilidad era generar contención y reconforto.

La reseña de la Dirección General de Comunicación Social de la UNAM fue la siguiente:

Héctor Fix-Fierro destacó por “la fuerza de su espíritu, su rigor académico, su dedicación docente, la calidad de su obra, la sinceridad de su expresión y la afabilidad de su persona”, afirmó el rector Enrique Graue Wiechers durante el homenaje póstumo a distancia que la Universidad Nacional rindió al jurista.

“Participo junto con la comunidad del Instituto de Investigaciones Jurídicas, como rector de la UNAM, para rendir homenaje a su persona, lamentar su partida y expresar a sus seres queridos lo mucho que sentimos su ausencia”, dijo Graue.

El homenaje se realizó de manera virtual por el distanciamiento físico, pero con una enorme cercanía emocional, a fin de despedir a quien “nació con genes universitarios y creció con sus valores; a quien se forjó en la UNAM y allí maduró sus ideas; quien en esta casa de estudios derramó enseñanzas y plasmó sus aportaciones en una rica obra escrita”, resaltó.

El rector de la UNAM lamentó la pérdida de un amigo con quien compartió experiencias académicas y encuentros familiares. “Me quedo con el recuerdo de su serena alegría, de su intachable sinceridad y su incontenible gusto por la vida”.

En su oportunidad, el ministro presidente de la SCJN, Arturo Zaldívar Lelo de Larrea, coincidió en que Fix-Fierro fue un extraordinario jurista y un ser humano excepcional.

“Fue un jurista con un profundo conocimiento del derecho; investigador muy riguroso, con una autoexigencia fuerte, que hizo aportaciones relevantes al derecho constitucional y a la sociología jurídica. Fue pionero en México de los estudios empíricos aplicados al derecho, y sus trabajos sobre el Poder Judicial, los poderes judiciales y la profesión jurídica goza de originalidad y trascendencia indiscutibles.”

Además, desarrolló un marco conceptual para el estudio empírico de la administración de justicia, y con ello inauguró una línea de investigación novedosa en nuestro país, para el estudio de los tribunales y del derecho en general.

El director del Instituto de Investigaciones Jurídicas (IIJ), Pedro Salazar Ugarte, señaló que en Fix-Fierro convivían el talento y la inteligencia con la sencillez y la humildad; el rigor con la exigencia, y el compromiso con la honradez.

De igual forma, anunció que el Consejo Interno del Instituto decidió, por unanimidad, nombrar la Estación Noroeste de Investigación y Docencia, en Tijuana, Baja California, con el nombre de Héctor Felipe Fix-Fierro.

Sergio García Ramírez, profesor emérito de la UNAM, comentó que el homenajeado supo multiplicar los talentos que recibió; asimismo, reconoció su rigor académico y entereza, así como su calidad de estudiante, colega, amigo y buen hijo.

Mónica González Contró, titular de la Oficina de la Abogacía General de la Universidad, recordó que fue un hombre justo, que apoyó a las mujeres al interior de su comunidad. “Fue una persona de puertas abiertas; su clara inteligencia, su carácter afable y su sencillez invitaron al diálogo. Fue un gran jurista y un gran académico, pero

sobre todo una persona entrañable que ha dejado huella en quienes hemos tenido la fortuna de coincidir con él”.

Patricia Kurczyn Villalobos, investigadora del IIJ, destacó que el también integrante del Sistema Nacional de Investigadores nació universitario, con una clara inclinación por la sociología y una preocupación permanente por la justicia. “Mantuvo prudencia, razón, equidad y honestidad como instrumentos de trabajo”.

Andrea Pozas Loyo, investigadora del mismo Instituto, mencionó que como director de esta entidad académica la visualizó plural y multidisciplinaria, donde se aprende y se enseña por medio del diálogo, en donde los fenómenos jurídicos son estudiados desde muy diversas perspectivas, pero a todas las une el sólido convencimiento de que el derecho es central.

Raúl Contreras Bustamante, director de la Facultad de Derecho, manifestó que dicha Facultad y la comunidad jurídica están de luto. Hace unos días se apagó una de las estrellas más brillantes. “Es una pérdida enorme para el ámbito jurídico nacional; a la que siempre sirvió con vocación. La Facultad de Derecho y el Instituto de Investigaciones Jurídicas fueron su casa. Honramos con justicia a una de sus mentes más brillantes: Fix-Fierro pertenece a una estirpe de gigantes. Buen viaje guerrero”.

En tanto, Issa Luna Pla, secretaria académica del IIJ, indicó que Fix-Fierro imprimió un sello único, expresó siempre su sentir sin miedo y con humildad. “Como director, su sabiduría nos daba paz y unidad. Rectitud era el ritmo de la conducta. Como un gran hermano resolvía problemas desde el diálogo”.

Con un mensaje pronunciado en primera persona, y de manera más personal, Sergio López Ayllón, director gene-

ral del CIDE, manifestó que Héctor fue el baluarte intelectual que enriqueció muchos proyectos conjuntos. “Sé que el tiempo se acaba, al final la naturaleza se impone. Vete en paz, haz hecho mucho en tu vida; tu legado académico es enorme. Honraste tu vocación todos los días, por muchos años, pero tu vida fue mucho más. Tu memoria permanecerá, cuando llegue el momento estaremos contigo”.

Desde Alemania, Mariela Morales, del instituto Max Planck, definió con tres palabras al universitario: sencillez, solidaridad y sabiduría. “Tu andar sirvió de fuente de inspiración, luchador por la causa de la justicia y de la verdad, con la dulzura de tu sonrisa”. Pidió a su padre, el también investigador de la UNAM, Héctor Fix-Zamudio, sentirse orgulloso de su hijo, por ser un gran defensor de ideas e ideales.

Finalmente, tras la intervención de dos de los hijos de Héctor Felipe Fix-Fierro, el homenaje fue despedido con la canción preferida del también maestro universitario: *Wish you were here*, de Pink Floyd.

Al homenaje a distancia se conectaron diversos ministros y exministros de la SCJN, así como juristas de diversos organismos nacionales e internacionales.

Existe un video en línea de aquél triste y conmovedor evento.

* * *

A pesar de la pandemia nos las ingeniamos para descansar en el verano.

En mi caso, con la familia y los amigos, nos reunimos en un rancho de familiares en el estado de Aguascalientes. Fue un encuentro cálido, emotivo y memorable, después de cuatro meses agotadores para la mente y para el ánimo. Siempre agradeceré

a Rocío, mi cuñada, y a Jaime, mi hermano, por su generosa hospitalidad.

Aquella escapada veraniega, con un colofón en una casa que rentamos en Avándaro durante una semana me permitió cargar fuerzas, ajustar estrategias y prepararme para el segundo semestre académico de un año que —ya lo podíamos anticipar desde julio— seguiría atrapado en la pandemia. Lo que no sabíamos es que, si bien con dosificadas aperturas, el mal nublaría también al año siguiente. Ilusos y deseosos pensábamos que cuando terminara el 2020 acabaría todo, pero el 2021 quedaría entrampado en la misma circunstancia.

Solo tiempo después, poco a poco, las vacunas y la desesperación, a pesar del virus, nos irían sacando de las casas.

* * *

¿Cómo presentar un informe en plena pandemia? fue una interrogante a la que tuvimos que dar respuesta.

Los auditorios pletóricos y los ensayos de oratoria habían quedado en el pasado y no sabíamos si algún día regresarían de nuevo. Ahora tendríamos que ajustar formato, duración y estrategia.

El dilema aquejaba al mensaje del director porque en realidad el informe con los datos y resultados de la gestión estaba listo en la plataforma digital como todos los años. Así que decidí dos cosas: el mensaje sería breve y lo reforzaría con un video en el que parte del equipo directivo resaltaría acciones y resultados del área a su cargo.

Así que, primero, nos dimos cita en las instalaciones para grabar en su exterior —justo en donde estaban las letras gigantes diseñadas para conmemorar el aniversario 80 del Instituto— un video breve pero elocuente. Issa Luna y Juan Vega aceptaron participar con el equipo de PAD encabezado por Alejandra Caballero quien se encargó de la edición.

El 7 de septiembre a las 9:00 horas nos encontramos en mi casa para preparar la escenografía del mensaje. Colocamos unas banderas de la UNAM y del Instituto y ajustamos la imagen para que la luz fuera adecuada y en el fondo quedara un librero. Hicimos un par de pruebas remotas.

A las 11:00 horas en punto abrimos la imagen y empecé a hablar ante una pantalla con recuadros entre los que se encontraba la imagen de la coordinadora de Humanidades, Guadalupe Valencia quien daría respuesta a mis palabras. Este fue mi mensaje que fue reforzado por la transmisión del video referido:

Muy buenos días.

Gracias por acompañarnos el día de hoy en la presentación de este segundo informe de actividades de la dirección del IIJ-UNAM en el periodo 2018-2022.

En esta ocasión la presentación del informe será inusual porque es virtual y será breve.

Pero antes de iniciar permítanme pedirles que guardemos un minuto de silencio en memoria de nuestros colegas Horacio Heredia Vázquez y Héctor F. Fix-Fierro, así como de familiares de miembros de nuestra comunidad que nos dejaron en este periodo. El informe de este año en el que nuestro Instituto cumple ochenta años está dedicado a su recuerdo.

Subrayo algunas acciones realizadas en este inusual año y su impacto:

La Guía Jurídica por Afectaciones derivadas de la COVID-19, elaborada en alianza con despachos, colegios de abogados y juristas practicantes ha sido un éxito.

Las visitas a nuestra serie de opiniones técnicas —sobre todo aquellas dedicadas a la pandemia— sigue en aumento. Por ejemplo, la opinión “Emergencia sanitaria por COVID-19: reflexiones desde el derecho (1)” ha tenido 9,220 visitas y la intitulada “Emergencia sanitaria por COVID-19. Derecho constitucional comparado” 7,562.

El Instituto se mantuvo unido y aun en tiempo de contingencia fue notable su participación en agendas de deliberación, ceremonias (de fiesta y de luto) y claustros académicos.

Reconozco también a las y los estudiantes que se han mantenido trabajando y apoyando las actividades: doctorandos, becarios, prestadores de servicio social y meritorios.

El Instituto ha contado con ellos y ellos con su Instituto.

Este no ha sido un año ordinario. Valga la obviedad que invita a la reflexión individual y colectiva. Entramos a la segunda década del siglo XXI con bríos y con el frenesí que la modernidad, el desarrollo y las tecnologías nos han impuesto y la realidad, desde la naturaleza, nos puso un alto.

De un día para otro el espacio público se tornó inhóspito y peligroso y la otredad — incluso la más próxima y amada — se volvió amenazante.

La sociedad y sus instituciones se paralizaron y un pasmo llamado pandemia esfumó eso que llamábamos normalidad. A nosotros, como universitarias y universitarios dedicados principalmente a la investigación, nos corresponde pensar y analizar críticamente las implicaciones jurídicas, políticas, ambientales, sociales, etcétera, de esa situación inusual e insospechada.

Nuestra misión es indagar el presente para comprenderlo, pero sobre todo, para incidir en la confección de un futuro mejor.

En tiempos — como el que vivimos — de incertidumbre y transformación, el pensamiento crítico — científico y humanista —, comprometido con las causas de la igualdad robusta, de la libertad más amplia y de la fraternidad pacífica, debe servirnos como guía y como medio.

La meta debe ser la realización práctica de una convivencia incluyente entre personas que legítimamente ejercen su derecho a ser y a pensar distinto. Una sociedad decente y civilizada —como ha propuesto Avishai Margalit— en la que ni las instituciones humillen a las personas ni los miembros de la misma se humillen unos a otros.

El Instituto de Investigaciones Jurídicas de la Universidad Nacional Autónoma de México y todas y todos sus integrantes debemos ser actores activos, comprometidos en el engarzamiento de esos eslabones. Nuestra misión social fundamental es lograr generar y transmitir el conocimiento que permita que el pensamiento libere a las conciencias e incida en el cambio social.

De esta manera —y solo así— podremos cambiar las prácticas y las instituciones en clave incluyente y liberadora.

Las y los invito a que durante el periodo que hoy inicia llevemos esa brújula con nosotros. Muchas gracias.

* * *

El 20 de octubre del 2020 sostuve el siguiente intercambio de mensajes de *WhatsApp* con el rector Graue:

Rector: te cuento que desde el lunes el IIJ está abierto con una ocupación máxima de treinta personas de manera simultánea. Por el momento no asiste personal de base. Saludos. Nuestro protocolo ya cuenta con dictamen positivo así que operamos sobre la base del mismo. Abrazo.

Respuesta del rector Graue: “Gracias y con cuidado”.

* * *

Finalmente, entreveíamos luz en el horizonte. La decisión de abrir paulatinamente respondía a diversas razones. Petición de algunas personas colegas, reclamo de otras que no habían dejado de asistir y, con razón, aquejaban un trato desigual y, sobre todo, mi convicción de que la salud mental era tan importante como la pulmonar.

Así que grabé un breve video anunciando la reapertura y mostrando las medidas de seguridad sanitarias: cubrebocas obligatorio, repartidores de gel desinfectante, filtro de ingreso con medición de temperatura, etcétera. El mensaje era optimista y dinámico. Pero la reapertura de las instalaciones sería lenta y difícil. La principal resistencia provenía del STUNAM y las y los colegas habían aprendido a trabajar desde sus casas.

Retomaré el tema más adelante, pero desde el 2020, sabíamos que algunas de las personas trabajadoras de base habían conseguido otros empleos y algunas de las personas investigadoras se habían trasladado fuera de la ciudad. Sin embargo, el personal de confianza asistía sin excepciones.

Tendencias y tensiones cruzadas. Así que el trabuco nos apuntaba con la mira desajustada.

* * *

Con pocas personas asistiendo, pero con las puertas abiertas terminó el año 2020. Un año inolvidable, pero para olvidar. El 10 de diciembre realizamos una especie de fiesta virtual. Issa Luna, con creatividad y entusiasmo, organizó un par de actividades lúdicas desde la virtualidad y yo opté por dar un mensaje breve. Estas fueron mis reflexiones:

Dedico este mensaje a la memoria de Héctor Fix-Fierro, Horacio Heredia Vázquez y Mario Bahena Salgado.

Antes que nada, reciban un abrazo solidario todas las personas de esta comunidad que han padecido alguna

enfermedad en estos meses. En particular manifiesto la solidaridad del Instituto y la mía personal para quienes han sufrido el malestar o la pérdida de sus seres queridos. Ha sido un año muy duro y extraño que dejará huella en cada uno de nosotros.

Quiero centrar este breve mensaje en cinco reflexiones que me ha provocado la pandemia.

PRIMERO. El significado de la fractura entre el espacio y el tiempo. En este preciso momento no sé en donde está cada una y cada uno de ustedes y no saben en dónde estoy. Tal vez me encuentro en Australia. Lo cierto es que podríamos estar en cualquier lugar del mundo (o del espacio) y, sin embargo, ahora estamos juntos. Conectados de manera simultánea en esta plataforma virtual que nos permite compartir una experiencia que recordaremos todas y todos, pero lo haremos con algunas diferencias.

En donde yo me encuentro hace frío. Vivo en una especie de cabaña al sur de la Ciudad de México en la que el sol no se presenta en estas fechas. Y no tengo calefacción. Así que recordaré esta fiesta de fin de año como un evento cálido en afectos, pero frío en sensaciones térmicas. Algunos de ustedes, supongo, tendrán mejor suerte y por las condiciones del espacio en el que se encuentran, recordarán el encuentro con calidez en cuerpo y alma.

Esta disociación de experiencias — que trasciende lo subjetivo — es una de las enseñanzas que ha traído tras de sí este aciago año. Podemos estar juntos sin estar presentes.

La tecnología nos ha permitido convivir sin los abrazos de antaño, pero con mayor intensidad que en otros tiempos. En estos meses hemos tenido más claustros, ceremonias, celebraciones, reuniones, duelos y encuentros que durante los años en los que la llamada normalidad imperaba.

SEGUNDO. La emocional es la mayor de las inteligencias. Todas y todos somos intelectuales de una o de otra manera y vivimos de las ideas, proyectos, conocimientos, metodologías que vamos generando. Esto vale para las y los académicos y también para las y los administrativos. Vivimos de pensar, proyectar e implementar. Pero desde ahí no proviene el equilibrio.

La pandemia nos ha enseñado que la incertidumbre que viene desde el exterior y que acompaña a la otredad —incluso a la más amada— sólo se acomoda si primero organizamos temores y amores. En los ajustes personales está el secreto de vivir un momento en el que los demás nos amenazan y nosotros somos una amenaza para las personas que amamos. Solo desde ahí, por ejemplo, es posible encontrar la sabiduría necesaria para saber qué debemos hacer en estas fechas. Rebota en mi cabeza la sentida advertencia que expresó el día de ayer Angela Merkel: “si tenemos demasiados contactos ahora, los días antes de Navidad, esta podría terminar siendo la última navidad con nuestros abuelos”.

TERCERO. El frenesí del pasado no puede ser el ritmo del futuro. Algo cambió irremediablemente, y tal vez venturosamente. El confinamiento nos recluyó en casa, pero también nos retrajo hacia nosotros, nuestros seres queridos, nuestras mascotas. Hoy sabemos que tenemos objetos, vestimentas, indumentos, vajillas, joyas, zapatos, etcétera, que no necesitamos y que no cambian nuestras vidas.

También sabemos que hay muchas personas que no tienen nada de eso y que, de nuevo, son las que llevan la peor parte de esta historia. Es una buena oportunidad para preguntarnos cuál es el sentido de eso. A dónde lleva esa fatuidad que agrava una desigualdad inaceptable. Creo que, aunque parezca paradójico, enfrentamos una

calamidad grávida de una oportunidad. Hoy, como sucede pocas veces en la historia, podemos volver a preguntarnos qué mundo, qué México, qué Universidad, qué Instituto, qué vida queremos.

CUARTO. La responsabilidad del privilegio. Estamos hoy acá, juntos, conectados, preparados para brindar porque somos unas personas privilegiadas. La vida nos dio oportunidades, dones y talentos y supimos aprovecharlos. Eso no está mal ni merece censura alguna. Pero sí conlleva una responsabilidad social que — en el contexto actual — tiene una dimensión histórica. Nos toca dar respuesta. Nos corresponde hacer propuestas. Nos impele el deber de estar a la altura de las circunstancias y volcar nuestro privilegio en respuestas que sean acciones que, a su vez, sean transformaciones. Nuestra fragilidad, en una paradoja aparente, ante la fragilidad de otros, es fortaleza. Aceptarlo y asumirlo es nuestra responsabilidad social más apremiante.

QUINTO. El derecho como herramienta para transformar. No todas ni todos somos juristas. No importa. En esta comunidad se trabaja con, en torno y a propósito del derecho. Somos el Instituto de Investigaciones Jurídicas. Con mayúsculas al final. Pero, ¿para qué el derecho? No voy a adentrarme en esas tierras ante esta comunidad tan avezada en esas lides, pero haré tres preguntas que seguramente nos hacen quienes nos miran desde fuera y no son expertas de estos temas. El derecho ¿para preservar el estado de cosas que ha regido nuestras vidas hasta ahora?; el derecho ¿para sustentar u obstaculizar el proyecto político de éste o aquel gobierno?; o el derecho ¿para, seriamente, colocar a las personas en el centro, dar sentido práctico a sus derechos, plantar cara a los poderes (políticos, económicos o ideológicos que estos sean) y emprender, de manera ordenada pero decidida una transformación hacia una sociedad incluyente, diversa,

feminista, igualitaria y consciente de que el futuro no puede ser lo que era?

Prometí ser breve. Así que concluyo éste mensaje recordando a los que se fueron, celebrando a los que estamos y deseándoles lo mejor en estas fechas a cada una y cada uno de ustedes. Descansemos, reflexionemos, amemos y, por favor, en estos días, no trabajemos. Ya llegará enero y lo estaremos esperando.

En casa decidimos salir de vacaciones a pesar de la pandemia. Con precaución y entusiasmo fuimos en pareja a Puerto Escondido y en familia rentamos una casa en Cuetzalan. El mar nos regaló felicidad y Puebla nos invadió con nubes.

Así tomé aire para el regreso.